

EL ESPEJO DEL DIABLO

6

R. 421.091

POR

J. E. R.



MURCIA.—1895.

Tip. de LAS PROVINCIAS DE LEVANTE,

Plaza de los Apóstoles, 20.

EL ESPEJO DEL DIABLO

FOR


J. E. R.



MURCIA.—1895.

Tip. de las PROVINCIAS DE LLEVANTE.

Plaza de los Apóstoles, 20.



El Espejo del Diablo

—Oh, amigo mio!... eres el mas perfecto de todos los hombres!

Esta frase tan poco conyugal, se la dirigia Celeste á su enamorado esposo. Devorándole con sus abrasadoras miradas, le contemplaba extasiada como á una de las siete maravillas del mundo, porque le parecia un ángel bajado del cielo, para guiarlo con mano segura por el áspero sendero de la vida. Preciso es que digamos que en aquel momento, un rayo de la luna de miel se deslizaba á través de las vidrieras del salon é iluminaban el rostro de Roberto de Valligni. Era un rayo acariciador y gracioso, que proyectaba sobre la frente del recién casado, un reflejo dulce, sonriente y enteramente ventajoso. Esta luna de miel estaba en su cuarto creciente.

—Aduladora, respondió Roberto, retorciéndose distraidamente su bigote negro.

—No lo creas; te digo lo que mereces... tan bondadoso, tan complaciente... Oh, sí! eres virtuoso como un sermón del padre Ravignan, y poético como una meditación de Lamartine.

Los dos jóvenes esposos cambiaron durante mucho tiempo una multitud de frases tiernas y graciosas; pero por fin se cansaron de tan dulce conversación; el saco de confites estaba vacío.

Si Roberto de Valligni hubiera sido senador, banquero ó notario, hubiera dejado á su mujer para consagrar el día á sus negocios; pero una brillante fortuna y una vocación irresistible, le habían arrastrado imperiosamente hácia la profesión de desocupado.

Por esto se quedó al lado de su mujer, cuando no encontró nada más que decirle, y los jóvenes esposos se miraron con felicidad. Cuando se cansaron de mirarse, Celeste fué á sentarse delante de un velador, y abrió un tomo de leyendas poéticas, alegóricas y diabólicas.

Celeste, rubia, de ojos azules, se asemejaba mucho á una virgen de Murillo. Roberto, con sus rasgos acentuados, sus ojos y sus cabellos negros, formaba por su belleza exterior el tipo más adecuado para Celeste, pero el más contrario para su carácter apacible, sus elevados sentimientos y sus poéticas aspiraciones; tal era su sensibilidad, tal su melancolía y tal su poesía, que la horrorizaba el positivismo.

Roberto estaba acostumbrado á una alegre vida de calavera, y habia pensado siempre que una tragedia en cinco actos no vale lo que una comida de dos cubiertos; estas eran sus opiniones literarias. La naturaleza le habia hecho gloton, la civilizacion parisiense. Cuando vió que su jóven esposa era esencialmente poética, y que parecia descendida del Olimpo, la ocultó con cuidado su ruin pecado; el pecado de la gula. Así, pues, mientras que Celeste leia las mejores poesías de nuestros eminentes poetas, Roberto no pensaba mas que en las Iliadas de Chevet.

Hé aquí por qué Celeste abrió un tomo de leyendas, mientras que Roberto, que fué á sentarse lejos de ella, en un rincon del salon, sacó furtivamente de su bolsillo el *Cocinero perfecto*.

Celeste, á quien su esposo creia absorbida por su lectura, levantó bruscamente la cabeza.

—Qué obra lees, amigo mio? preguntó.

—Lo que leo?... respondió Roberto muy confuso, y creyéndose perdido si confesaba su crimen; quieres saber lo que leo, no es cierto, amiga mia?

—Es alguna coleccion de poesías?... Acaso... de Víctor Hugo ó de Lamartine?

—De Lamartine; eso es, de Lamartine.

—Bien te conozco en esto, siempre elijas nuestros mas inspirados poetas, cuya alma es hermana de tu alma. Qué bien debes leer los versos!... *El Lago*, por ejemplo... Oh! ¿Vas á leerme *El Lago*, no es cierto?

Roberto sintió que un sudor frío circulaba por todos sus miembros.

—Cree que sería mejor irnos á pasear, dijo levantándose.

—De ningun modo, caballero, lo quiero, lo exijo, lo mando.

Roberto hacia ocho dias que se habia casado, y se sometió. Fingió haber perdido el libro; pero Celeste, tratándole de aturdido, le hizo notar que lo tenia en el bolsillo. Fué preciso, pues, buscar *El Lago* en el *Cocinero perfecto*; pero en materia de lagos no encontró mas que fuentes de salsas y arroyos de vinagre.

—Has concluido ya de ojear ese libro? preguntó Celeste.

—Es que... estoy un poco ronco, dijo su esposo cerrándolo.

—No lo creas; tu voz es tan pura, tan melodiosa, tan...

—Pero...

—Vamos, amigo mio, léeme esa poesía.

—Dispénsame, pero no puedo.

—Pues bien, yo la leeré, exclamó Celeste, que corrió hácia su esposo y le arrancó el libro de entre sus trémulas manos.

—Torpe de mí! exclamó Roberto.

—Era el *Cocinero perfecto*! dijo la jóven, petrificada.

—Pues bien; sí, respondió Roberto, que tomó resueltamente su partido. Qué quieres, Celestina mia? el matrimonio es la comunidad de

los defectos; soy algo gloton, lo confieso; pero este es mi único defecto; dispénsamelo, pues, y yo en cambio te dispensaré todos los que tú puedas tener.

—Pero, amigo mio, dijo Celeste, que apenas podia ocultar su profunda contrariedad; tal vez puedas corregirte, y entonces...

—No, á fé mía! y puesto que la máscara ha caido ya, yo indicaré mis recetas á tu cocinera, te instruiré á tí tambien, y así podrás darle las órdenes que creas convenientes; cuando es-temos solos, en vez de hablar eternamente de poesía, hablaremos del arte culinario. La mejor de todas las musas es la *Cocinera del pueblo*: me equivoco; es demasiado vulgar; el Apolo inspirador es el *Cocinero perfecto*; en vez de lira, tiene un tenedor. Vamos, no refunfuñes, mi rubio serafin... Voy á mandar hacer una comida á mi gusto.

Oh amargo desencanto!... era este el poético Romeo, que la tierna jóven habia elegido?...

Así que la infeliz estuvo sola, se dejó caer amargamente en un sillón, apoyó el codo sobre el velador, y ocultó su hermosa frente entre sus blancas manos. El libro de las leyendas estaba aun abierto; sus miradas se fijaron en este título: *El espejo del diablo*.

Celeste leyó maquinalmente las primeras líneas, y de repente cruzó por su acalorada mente una súbita inspiracion; era del cielo ó del infierno!... lo sabía ella acaso?... lo cierto es, que con la sonrisa en los labios y la esperanza en

el corazón, leyó con avidez la siguiente leyenda:

“Belcebú, diablo sedentario, no había salido nunca del infierno; siempre encerrado en él, pasaba agradablemente las noches conversando con Voltaire, que era su único, su inseparable amigo. Un día fué al infierno un banquero de Bélgica, y le contó todos sus viajes. Belcebú deseó viajar, y partió en un camino de hierro subterráneo. Naturalmente, comenzó por ir á Paris, en donde residía una parte de su familia; allí había fijado su residencia su padre Satanás, su hermano Mefistófeles y su sobrino Astamodeo, que estaba cojo, y que fué, como todos saben, íntimo amigo de Le Saje.

Así que Belcebú echó pié á tierra, su primer cuidado fué ir á la calle de Vivienne, para presentar sus respetos á Satanás, que vivía en una preciosa casa llamada *La Bolsa*. Pero juzgado del asombro del pobre diablo, al ver que todos los parisienses se burlaban de su extraña figura. Belcebú se irritó mucho, porque se creía un Adonis; nunca se había mirado á un espejo, porque no los hay en el infierno, lo que hace presumir que todas las mujeres están en el cielo. Astaroth, que siempre iba con su primo Belcebú, le llevó un día al café; Belcebú se miró en un delicioso espejo de Venecia, y arrojó un grito de espanto; el espejo reproducía exactamente todas sus imperfecciones; sus miradas flamígeras, diabólicas, y su horrible barba roja, le daba un aspecto infernal.

Desde entonces suavizó Belcebú el aspecto de su semblante, se afeitó la barba, dulcificó sus miradas y llegó á ser encantador, elegante y apreciado de todos, porque acababa de hacer desaparecer los defectos que le habia hecho ver su fiel amigo, *El espejo del diablo.*„

—Pues bien! pensó Celeste; yo tambien reproduciré exactamente los defectos de mi esposo para corregirle; seré para él *El espejo del diablo.*

—Ya estás de vuelta, amigo mio? le dijo á Roberto, que entraba en aquel momento en el salon; has mandado hacer alguna comida artística, succulenta?

—Te interesa acaso esa comida? preguntó Roberto.

—Que si me interesa!... No decias ahora mismo que el matrimonio era la comunidad de los defectos?... pues bien! yo tambien tengo un defecto, uno semejante al tuyo; soy un poco... golosa.

—Bah; exclamó Roberto, ya sabes que eso no me disgusta.

—De veras? dijo Celeste.

—Sí... y además... Tú que eres tan linda, tan poética... y esto sin adularte, porque, la verdad, no podia haber elegido una mujer mas deliciosa, mas...

—Has pedido un pastel de hongos?...

—No.

—De anguilas?...

—Tampoco; ya hablaremos de eso mas tar-

de, dijo Roberto con impaciencia. Sí, querida Celeste, siempre te he profesado una ternura...

—De perdices?

—Deja tu comida por ahora! dijo Roberto con enfado. Te decia pues, que mi amor durará tanto como mi vida... Jamás olvidaré nuestra primera entrevista; es un recuerdo lleno de encanto y de dulzura...

—Con mostaza?...

—Señora, á qué mezclar la mostaza con nuestro amor? dijo Roberto irritado.

Sabes que me respondes de un modo extraño?... cualquiera diria que ya no me amas!... pero no, me equivoco; no es verdad que me quieres mucho?... oh! estoy tan orgulloso de tu amor, que quiero conservarlo...

—Como los dulces con mucho azúcar, dijo Celeste. Y á propósito de dulces; tengo una preciosa receta para la jalea de manzanas.

—Pero esto es odioso! exclamó Roberto.

—Mariana! gritó Celeste sin escuchar á su esposo, y corriendo hácia la cocinera, que atravesaba por delante de la puerta del salon; un pastel en seguida.

Un momento despues estaba Celeste mordiendo una enorme tajada de pastel con una alegría, con una codicia, que la despoetizaron por completo á los ojos de su esposo.

—Decias que nuestro amor... dijo Celeste comiendo... Oh! qué bueno está este pastel!...

—Señora, dijo Roberto con furor, un marido debe decir la verdad á su mujer; estais ho-

rriblemente fea, cuando hablais así con la boca llena.

—Esta es la primera necesidad que me dices desde que te conozco.

—Es que tambien es este el primer defecto que descubro en vos!

—Qué quieres, tengo un apetito feroz. Es mi enfermedad.

—Pero, señora, replicó Robesto asustado; á mí no me gustan mas que las mujeres delgadas y aéreas; por eso os he elegido entre todas. Os vais á poner hinchada.

—Y qué os importa, caballero?... yo hago lo que me acomoda.

—Pero yo no quiero que engordeis, dijo Roberto golpeando el suelo con el pié.

—Estoy en mi derecho, respondió Celeste; el Código no lo prohíbe, este no es un caso de separacion.

—Vamos, Celeste, replicó Roberto mas dulcemente; seria cruel que el desencanto comenzara á los ochos dias de casado. Si quieres complacerme, es preciso que te corrijas del pecado de la gula, es un defecto vulgar, asqueroso, feo, prosáico, que arrojó á Adan y Eva de su paraiso terrestre, y que tambien me arrojará á mí del mio.

—De veras?... pues tu tambien tienes ese pecado... y bien, por mi parte, puesto que te disgusta así, te prometo corregirme. Pero ya comprendes que si tú me das el ejemplo, si me hablas siempre del *Cocinero perfecto*...

El *Cocinero perfecto*! exclamo Roberto, la causa de nuestra primera disputa!... toma, le condeno al fuego, al cual ha condenado él á tantos y tan inocentes volátiles.

Y arrojó el libro á la chimenea.

La querella conyugal fué muy pronto olvidada. Roberto estaba perfectamente corregido; leía elegías todo el dia; comía muy ligeramente y Celeste principiaba á decirle:

—Oh, amigo mio! eres el más perfecto de todos los hombres!...

Esto llegó á ser algo insulso; por fortuna, una carta de una íntima amiga de Celeste, vino á romper esta inconcebible uniformidad. Hé aquí lo que contenia este tierno billete:

“Estás arrestada en tu casa querida amiga? ya no se te vé en ninguna parte, como si estuvieras incomunicada en alguna prision. Espero que no será tu esposo quien te detendrá en tu casa, porque en ella siempre debe mandar la mujer; estos son mis principios. Pero puesto que las dos habitamos esta hermosa guarnición de Paris, ven á verme. Tráete tu corazón y tu bordado. Sobre todo, nada de gala; ponte el uniforme diario. Todo lo que te pido es que la amistad esté presente y en actual servicio, cuando yo te pase la revista.

Hasta mañana, querida amiga; ven á las dos de la tarde, hora militar. Cesarina Lormier.”

La señorita Lormier, viuda á los 25 años de un coronel de lanceros, habia adquirido á su

lado su educacion militar; era valiente hasta la temeridad, y se hubiera batido con el primer hombre que le hubiera faltado al respeto ó que la hubiera pisado en la calle la cola de su vestido.

Al dia siguiente corría Celeste á su casa y se arrojaba tiernamente en sus brazos, sin dejar que el criado la anunciara. Enfrente de la hermosa viuda, descubrió un punto de vista, bastante poco gracioso, que se componia de un frac negro, de un rostro pálido y frio y de una fisonomía de cordero. Todo esto se llamaba Plácido Mozerand, y bien se puede decir que no habia inventado la pólvora.

—Son las dos y cinco minutos, querida mia, dijo Cesarina; te has retrasado, pero no importa. Me permitirás que continúe mi interrogatorio? Este caballero acaba de confesarme que mañana tiene un duelo; ya sabes que los duelos me interesan mucho. Despues de haber mandado el 4.º de lanceros, no puedo casarme en segundas nupcias mas que con un valiente.

—Este caballero...

—Es mi futuro esposo, al cual tengo el honor de presentarte.

Cesarina no tenia la costumbre de ocultar sus proyectos; abria fácilmente su corazon, que era un buen libro, bastante moral, para no ocultarle. Cuando hubo hecho la presentacion oficial, y cuando Celeste y Plácido hubieron cambiado los cumplimientos de costumbre en semejantes casos, continuó:

—A pesar de mi inquietud, no me desagrada semejante duelo; él me determina, lo confieso. Yo ya apreciaba las buenas cualidades de Mr. de Mozerand; pero no es menos cierto que él tiene la culpa de no ser ya un valiente militar, de llamarse Plácido en vez de César, y de no haber tenido nunca la menor querrela.

—Pero eso es un gran mérito! exclamó Celeste. Yo me felicito de haberme casado con el hombre mas amable y mas pacífico del mundo, porque has de saber que tengo un marido perfecto.

—De veras?... Pues bien; llévalo á la exposicion universal y te darán una medalla. Después de lo que me habeis dicho, continuó dirigiéndose á Plácido, nuestro adversario, al que no conozco sin embargo, del que no sé ni aun el nombre, debe ser un gran espadachin; porque, segun tengo entendido, se ha ofendido...

—Por una miseria, replicó Plácido; por una chanza que me he permitido sobre la librea de su groom, lo cual me valió que me echase su sombrero á la cabeza.

—Es un insulto sangriento! exclamó Cesarina. Cuando nosotros mandábamos el 4.º de lanceros, recibimos un guante en el rostro; nos batimos al punto, y fuimos mortalmente heridos.

—Eso es lo que mas me disgusta en los duelos, dijo Plácido palideciendo.

—Tranquilizaos, replicó la amazona; yo venero á los valientes en medio de su desgracia;

una cuchillada en el rostro no me asusta; es una condecoración que cambia de sitio. Si volveis herido, únicamente os diré. Hé aquí mi mano, Mr. de Mozerand; es vuestra para consolarnos, y sobre todo para haceros menos sensible la desgracia de haber sido vencido.

—Esa linda mano hace palpitar mi corazón, respondió Plácido, como si estuviera representado *La Dama Blanca*.

—Yo no concibo, respondió Celeste, que dos hombres civilizados se maten como salvajes.

—Y eso que mi adversario es uno de mis mejores amigos, señora... es imposible que haya en el mundo otro tan orgulloso, tan colérico como él... los dos nos queríamos mucho, á pesar de que tiene todos los pecados capitales: en el colegio le llamábamos Roberto el Diablo.

—Roberto! dijo Celeste, que se estremeció involuntariamente; se llama Roberto.

—Si señora, Roberto de Valligni.

—Gran Dios! exclamó Celeste; mi esposo!

—Vuestro esposo! dijo Plácido.

—Su esposo! exclamo Cesarina dramáticamente.

—¡Oh! yo os lo suplico, caballero, dijo la infeliz Celeste; renunciad á ese duelo.

Plácido iba á gritar:

—Con mucho gusto, señora.

Pero Cesarina le cortó la palabra.

--Valor, pobre Celeste, dijo estrechando la mano de su desgraciada amiga. Ese duelo es

cruel, es horrible, lo confieso; pero va en ello nuestro honor.

—Va en ello nuestro honor, repitió el desdichado Plácido.

—Pero, caballero, exclamó Celeste, vuestro sangriento honor tal vez sea el verdugo de mi esposo... Dios mío!... decidme al menos qué día se ha fijado para ese duelo.

—Mañana, á las siete de la misma.

—Pues bien; yo os respondo de que no os batireis. Corro á mi casa, voy á hablar á Roberto, y se dejará enternecer por mis lágrimas; sí, le enterneceré. No me será difícil; es manso como un cordero, sencillo como una paloma.

—Sí, dijo Plácido, un cordero rabioso, y una paloma que tiene la fiebre amarilla.

Celeste no le escuchó, y corrió precipitadamente á su casa.

Roberto estaba en su gabinete; se dirigió á él, le cogió las manos; le miró fijamente como deben mirar los magnetizadores, y le dijo:

—No es cierto, amigo mío, que eres muy amable y que me quieres mucho?

—Vaya una extraña pregunta, dijo Roberto sonriéndose.

—Respóndeme; no es cierto que eres muy pacífico?

—Como Numa Pompilius.

—Entonces, caballero, por qué os batís mañana?

—Batirme! exclamó Roberto, cómo sabes?...

—Qué te importa!... Yo no quiero que te batas,

dijo abriendo precipitadamente un cajon y cogiendo una caja de pistolas; me apoderó de tus armas.

—Las armas deben llevarlas los testigos, dijo Roberto; esas son inútiles.

—Qué hacer? exclamó Celeste. Así quieres batirte con un compañero de colegio, con un amigo que no sabe que ha depositado su amistad, no en un hombre, sino en una fiera del desierto?...

—Calla!... no le defiendas exclamó Roberto montando en cólera. Yo no me he dejado insultar nunca por nadie; y... sábelo! no soy tranquilo, no soy pacífico, no soy el jugador de dominó ni el poeta que habias soñado. He tenido ya varios duelos; he tenido uno... dos... tres, los he perdido de cuenta. Vas á llamarme espadachin... Seré espadachin si quieres, pero siempre que una palabra poco atenta ha ofendido mi dignidad, la boca de mi pistola se ha encargado de contestar por la mia; por un codazo he devuelto una estocada, nunca me he dejado rozar el rostro sin castigar tal osadía; soy espadachin por esto?... Si mi honor está en mi mejilla, no soy yo, sino el mundo quien lo ha colocado en ella.

—Dios mio! Dios mio! exclamó Celeste asustada; hé aquí el ángel que yo creia haber elegido!... es un ángel, sí, pero un ángel estermi-
nador. Por favor, Roberto, por favor, cálmate... y no me atormentes mas; piensa que si tú mueres, yo moriré tambien, y que si no, mata-

rás á un amigo de la infancia, á un pobre jóven lleno de dulzura y de bondad.

—No, no, dijo Roberto golpeando el suelo con el pie. Ese hombre es un infame, un miserable... sí!... yo mataré á tu Plácido, tan fácilmente como rompo este vaso del Japon, tan desgraciado como él.

Y arrojó por tierra un magnífico vaso de porcelana que se hizo mil pedazos.

Celeste se asustó. Comprendió que sus súplicas serian inútiles, y se puso á llorar amargamente. Sin embargo, queria impedir aquel duelo á toda costa. De repente se acordó de la estratagemata que habia corregido á Roberto de su gula; enjugó sus lágrimas, y mirándole resueltamente:

—Bien, Roberto, oh! muy bien, le dijo estrechándole las manos varonilmente. Habia querido probarte, y si hubieras consentido como un hombre vulgar en conservarte para la felicidad de tu esposa, te hubiera despreciado. El cielo, que nos destinaba el uno para el otro, me ha hecho á imágen tuya; soy la Bradamante de este Roger, la Blorinda de este Tancredo... oh! apenas podia contenerme cuando me hablabas de ese insulto. Se han burlado de la librea de tu groom! vive Dios!... Sangre, es preciso que corra mucha sangre, para vengar esa ofensa.

Roberto la miraba con estupor.

—Por qué no soy mas que una mujer!..... Yo te serviré de testigo. Si hubiera tenido la dicha

de nacer hombre, sería el terror del universo. Llevándolo toda á sangre y fuego, hubiera atravesado á los hombres con mi espada con la mayor facilidad del mundo.

—Lo que hubiera sido una soberana ridiculez.

—Lo crees así? exclamó Celeste, á quien la alegría hizo olvidar su papel. Ya no quieres batirte?

—Quien ha dicho eso, señora? replicó Roberto impetuosamente. Yo nunca he retrocedido ante un duelo.

—Oh! qué bien dices eso, prosiguió la pobre Celeste, que siguió fingiendo su valentía. Soy digna de tí, porque has de saber que yo soy una celebridad en el manejo de la pistola; á cien pasos de distancia, haria saltar á un hombre la tapa de los sesos.

Diciendo esto, jugaba Celeste con una de las dos pistolas que habia cogido, y abria una ventana que daba á un hermosísimo jardin.

Roberto habia construido en este jardin un precioso palomar, donde vivian en familia, pichones blancos como la nieve, ó amazurcados y variados como tulipanes.

—Responde, leon mio, le dijo Celeste; estás contento de tu leona?

—Preferiría que fueses una oveja, pensó Roberto, disimulando una horrible mueca de contrariedad. Ahora, replicó en voz alta, ya no te opondrás al combate, y mañana...

—Mañana, exclamó Celeste, quisiera estar

en tu lugar; yo castigaría al insolente y lo mataría, como voy á matar á esa paloma.

Y la tímida Celeste apuntó al palomar; era preciso hacer un sacrificio, una inmolación para salvar á su esposo. Salió el tiro; la jóven apuntaba á la paloma, y una tórtola cayó sobre la yerba toda ensangrentada.

—Oh! esto es infame... exclamó Roberto dirigiéndose á su esposa con indignación. Una tórtola! El símbolo de la fidelidad! Qué os había hecho esa inocente víctima? Veis cómo sufre, como lucha con la muerte? Miradla! por un supremo esfuerzo abre sus alas y quiere volar para ir á contar al cielo que en la tierra se vierte la sangre de los inocentes. Pero vuelve á caer... Está sin movimiento, ha muerto. Por qué?... porque una mujer la ha elegido como blanco de su destreza; me equivoco; no es una mujer, es una hiena; la pobre tortolita se había librado de las garras del buitre, pero ha caído en las de otro sér más feroz todavía.

—Ah! reprobais mi inocente acción, dijo Celeste pálida y conmovida, y vais á verter la sangre de un amigo de la infancia!... Vos me preguntais que me había hecho ese inofensivo sér, y yo á mi vez os pregunto lo que os ha hecho vuestro amigo. Ha insultado acaso á vuestra esposa, á vuestra madre?... No, ha dado un alfilerazo á vuestra vanidad, y esta vanidad feroz le responde con una estocada. Decís que es preciso hacerlo así para merecer el título de hombre de honor, y yo os digo que un hombre

de honor es el que se sacrifica por sus amigos, no el que los mata; si vos no sois la víctima, sereis el verdugo... Renunciad á ese duelo, si no por mí, por vuestra alegría, por vuestro reposo, por vuestra conciencia. Renunciáis á él; no es cierto que me lo prometéis?

—Pues bien; sí, dijo Roberto, cuya cólera habia sido reemplazada por la ternura; te lo prometo, si puedo hacerlo sin ser acusado de cobardía. Esta vez tienes razon; nuestros duelos son bárbaros. Gracias, ángel mio, por la leccion que me has dado.

—En aquel momento entró un criado.

—Mr. Plácido de Mozerand, dijo.

—Ya! exclamó Celeste. No es el duelo para mañana?

—Lo ves? dijo Roberto, no puedo retroceder, ya no depende de mí.

—Caballero, dijo Plácido entrando, he adelantado la hora del combate. Vos me insultásteis, y...

—Y debeis batiros conmigo, no es cierto? dijo Roberto.

—Oh! Mr. de Mozerand; yo os lo suplico, exclamó Celeste; tened piedad de mí... No le mateis, caballero, no le mateis.

—Yo soy incapaz de matarle, señora, dijo Plácido poniéndose la mano sobre el corazon, y tomando una actitud melo-dramática. He comprendido que tenia un gran deber que cumplir.

—Cuál? dijo Roberto.

—Un deber de humanidad. Esta mañana he visto á vuestra esposa; su dolor me ha enternecido profundamente. Yo no puedo introducir el luto en una familia; ver á la viuda anegada en lágrimas, á los huérfanos... porque vos dejaréis algunos huérfanos!...

—Ni uno siquiera, dijo Roberto.

—Es igual, siempre quedaria la viuda. He sofocado, pues, mi justa cólera, y me he dicho: Hé aquí el momento de dar una prueba de valor; es preciso renunciar á ese combate, por sensibilidad, por razon.

—Sí, por razon de salud, murmuró Roberto en voz baja.

—Calla, le dijo Celeste al oido.

—Mi impetuoso carácter me aconsejaba que os matara inmediatamente. Pero despues de vuestro insulto, me he preguntado como en *Cornelio*:

Rodrigo, tienes valor?

—Y te has respondido siempre como en *Cornelio*, dijo Roberto, tendiéndole la mano:

Seamos amigos;
yo soy quien te invito.

—Eso es lo que iba á decirte, exclamó Plácido, respirando mas libremente. Eso es lo que me ha dictado mi corazon.

—Su corazon y su médico, pensó Roberto,

Los dos adversarios se pusieron á conversar afectuosamente. Trascurrió una hora, y Plácido no ée iba: estaba dando vueltas á su sombrero entre las manos, con notable turbacion; evidentemente tenia alguna confidencia, alguna demanda que hacer. Por último, tomó su partido, y dijo á Roberto:

—Crnoces á la señorita Cesarina Lormier?

—No. Qué clase de mujer es esa?

—Es una coronela del 4.º de lanceros que tiene mi corazon alistado en su regimiento. Sabia la causa de nuestro duelo, y queria que me vengara de tu insulto atravesándote con mi espada; así pues, te agradeceria que no la hablaras de la prueba de valor que acabo de darte.

—Te lo prometo, dijo Roberto sonriendo.

—Por consiguiente, replicó Plácido, quedamos en que nos hemos batido.

—A muerte, dijo Roberto.

—A muerte, no; como los dos estamos vivos, seria inverosímil. Felizmente salimos de la querrela perfectamente intactos. La coronela es capaz de negarme su blanca mano si sabe que yo he evitado el duelo... Ah! si yo pudiera darle una prueba... aunque no fuera mas que un rasguño, una caricia de la espada, cualquier cosa.

—Quieres que te rompa un brazo? dijo Roberto riendo y cogiendo una pistola.

—Fuera chanzas! dijo Plácido retrocediendo. Pero á propósito del brazo; si yo me atreviera á pedirte...

—Qué?

—No hay nada tan interesante como un brazo en cabestrillo. Si yo pudiera presentarme así á mi encantadora Cesarina, estoy seguro que me diria:

“Aceptad mi mano en cambio de vuestro brazo.”

Roberto y Celeste se echaron á reir estrepitosamente. Esta desapareció un instante, volviendo despues con una larga corbata de seda negra que podia servir de cabestrillo.

—Caballero de Mozerand, dijo, las mujeres deben cuidar á los heridos. Sujetad vuestro brazo...

Está bien... es preciso atarlo sólidamente, porque este nudo es el nudo del Himeneo... pensad que sé vuestro secreto; si así como he atado vuestro cabestrillo desatara mi lengua si Cesarina supiera...

—Gran Dios! exclamó Plácido palideciendo.

—Os duele la herida? preguntó Celeste. Tranquilizaos, seré discreta. Pero si alguna vez os necesito, sois mi esclavo.

—Lo juro, señora, dijo Plácido.

La ocasion de servir á Celeste no tardó en presentarse.

Plácido enseñó su brazo y su cabestrillo á la coronela de su corazon. Esta exclamó: “Honor al valiente desgraciado!” En seguida fijó el dia de su boda con Plácido. Hé aquí como dos almas fueron enlazadas por un cabestrillo de seda negra.

Una noche entró Plácido triunfante en casa de su amigo Roberto. Cesarina se apoyaba sobre su brazo derecho, y su brazo izquierdo se apoyaba muellemente sobre su cabestrillo, del cual no podía ya separarse. Saludó á los jóvenes esposos, y les dijo:

—Tengo el honor de anunciaros mi proximo enlace; voy á alistarme...

—En el 4.º de lanceros? preguntó Celeste.

—Precisamente, respondió Cesarina.

En aquel momento anunció un criado á Mr. de Mornange.

—Perdonadme, señora, dijo el recién llegado á Celeste, si os arrebató á vuestro esposo. Me habia citado á las nueve en el casino, son las diez, y me permito venir á buscarle.

—Estais en vuestro derecho, caballero, dijo Cesarina: Los hombres deben ser exactos; yo no conozco mas que la hora militar.

—Pero, señores, exclamó Celeste, si habeis de pasar la noche en el casino, por qué no la pasais aquí?

—Me es indiferente, dijo el político Mornange.

—Y decidme, caballero, jugais tambien en el casino? preguntó Celeste.

—Siempre, señora, contestó el interpelado, sin notar que, desde el principio de la conversacion, la hacia Roberto señas de telégrafo no eléctrico.

—Y jugais fuerte? dijo Celeste.

—Oh! miserias; algunos miles de francos.

Creo que Roberto ha perdido treinta mil este año.

—Es posible! exclamó Celeste.

—Pues bien! sí, dijo Roberto tomando su partido. No sé por qué he de hacer un misterio de un gusto tan natural. Soy rico y quiero divertirme.

Los defectos de Roberto se asemejaban á esos canastos americanos que se encajan los unos dentro de los otros. Siempre se cree encontrar el fin, pero es preciso sacar lo menos una docena para llegar al último.

—Partamos, Mornange, dijo levantándose; vamos á jugar una partida de ecarté. Vivan las agitaciones y las inquietudes del juego!

—Sí, viva el juego! exclamó Celeste; es una pasión noble. Andrés, dijo á un criado; una mesa, una baraja, pronto. Jugad, caballeros, pero aquí. Yo también quiero jugar.

—Tú? dijo Roberto.

—Sí, porque á mí también me domina la pasión del juego. Sí, me gustan esos tapetes verdes, matizados de monedas amarillas, como el césped de botones de oro. Me gusta pasar la noche con la vista fija en una mesa, la respiración anhelante, y el corazón oprimido. Decididamente, amigo mío, el cielo nos ha criado el uno para el otro.

—Con que me he casado con una glotona y una jugadora? pensó Roberto. Fiaos de las mujeres; de las rubias sobre todo, que con sus ca-

bellos de oro parecen unos ángeles, y no son más que unas hipócritas.

Al mismo tiempo que hacia estas reflexiones, daba las cartas.

—Juego un billete de quinientos francos, dijo.

—Sea, respondió Mornange.

—Yo apuesto mil francos por mi esposo.

—Como mil francos! exclamó Roberto; semejante suma!...

—Quién acepta la apuesta? preguntó Celeste.

—No seré yo, dijo Cesarina: aborrezco todos los juegos, excepto el ajedrez; este representa un combate, Es una ruin pasión la del juego, dijo una voz baja á Plácido; nunca hubiera consentido casarme con un jugador.

—Acceptais la apuesta, caballero de Mozerand? preguntó Celeste á Plácido.

—Yo, señora! exclamó Plácido, no apuesto ni juego nunca,

Pero Celeste le dijo furtivamente al oído:

—Apostad contra mí; las pérdidas ó ganancias serán nulas,

—Pero, señora, mi futura detesta el juego.

—Apostad ó le hablo del cabestrillo de seda negra.

—Gran Dios! exclamó el infeliz Plácido. Apuesto los mil francos, replicó en voz alta.

—Es posible? dijo Cesarina, cuyos ojos centelleaban; conque vos sois jugador?

Roberto perdió varias partidas; Mornange le ganaba tres mil francos.

Plácido, obligado siempre á apostar contra Celeste, tambien parecia que amontonaba tesoros, pero su ganancia era ilusoria.

—Pierdo tres mil francos, dijo Roberto, que se ponía sombrío por instantes; quiero recuperarlos en una partida, los juego.

—Recurramos á los golpes decisivos, pensó Celeste. Caballero Mozerand; dijo á su vencedor y desolado adversario, os propongo un juego escéntrico; apuesto otra vez por mi esposo, y ahora os juego mi cupé contra vuestro tálburi. Vos debeis tener uno. Quién no tiene un tálburi?

—Pero esto es más que una pasión, es una rabia! exclamó Roberto; en qué colegio os han educado, señora?

—Cómo! amigo mio, dijo Celeste, acaso no quieres que participe de tus gustos?...

—Dios quiera que esto concluya bien, replicó Roberto. Continuemos, Mornange; hemos dicho tres mil francos.

—Caballero de Mozerand, dijo Cesarina al oido de Plácido; si aceptais esa estravagante apuesta, retiro mi palabra; nunca sereis mi esposo.

—Qué decís! exclamó el infortunado. Perdonad, señora dijo á Celeste, pero no tengo ningún tálburí; no puedo apostar nada.

—Sea, dijo Celeste. Cómo va vuestra herida, caballero?

—Acepto la apuesta! exclamó Plácido. Mi mejor caballo contra vuestro cupé. Me habia

olvidado completamente de mi hermoso caballo tordillo rucio... digo no, alazan tostado... no, no, bayo oscuro.

Roberto perdió otra vez sus tres mil francos.

—Madicion! exclamó... Van ahora los seis mil.

—Y yo, dijo Celeste á Plácido, os juego mi casa de campo.

—Eso es una locura! exclamó Roberto. Semejante mujer es una calamidad.

—Señora, dijo Plácido, yo no tengo nada que apostar contra vos.

—Caballero de Mozerand, preguntó Celeste; quién os suministra esos cabestrillos de seda negra?

—Ah! recuerdo, replicó vivamente Plácido, que tengo una casita en Pontoise.

Roberto perdió otra vez, y el feliz Mernange se fué, llevándose doce mil francos en el bolsillo.

Roberto tenia calenturas; sus ojos arrojaban chispas; su desgracia le habia irritado.

—Sois una loca, dijo à su esposa. Nuestro cupé, nuestra casa de campo, todo perdido!... Con vos nuestra fortuna se desmoronaría en pocos dias. No conozco nada mas odioso que una jugadora... Si supiérais como os afeaba el juego!... vuestras megillas, que eran de color de rosa, son ahora de color de púrpura, y vuestros ojos parece que se salen de sus órbitas; mi-

rándoos he tomado horror al juego, y ya no quiero tocar nunca una carta.

—Estais, pues, curado? exclamó Celeste.

—Qué os importa? puesto que os dejo para siempre... No quiero vivir al lado de una jugadora... Adios, señora.

—Os vais? exclamó Celeste.

—Y yo jamás me casaré con un jugador, dijo Cesarina á Plácido. Adios, caballero.

—Pero, señora, dijo Plácido en voz baja á Celeste, ya es tiempo de justificarnos.

—Así, pues, quereis una separacion? preguntó Celeste á su esposo. Estais bien decidido?

—Nada me hará cambiar de resolucion.

—Enconces ya no hay que dudar; es preciso que tome una resolucion...

—Gran Dios! exclamó Roberto; va á arrojar-se por la ventana!...

Pero en vez de arrojarse por la ventana, Celeste leyó en alta voz este pasaje de la leyenda:

“Belcebú, que no se habia visto nunca, se miró en un delicioso espejo de Venecia, y arrojó un grito de espanto; el espejo reproducia exactamente todas sus imperfecciones; sus miradas flamíjeras, diabólicas y su horrible barba roja, le daban un aspecto infernal.

Desde entonces suavizó Belcebú el aspecto de su semblante; se afeitó la barba, dulcificó sus miradas y llegó á ser encantador, elegante y apreciado de todos, porque acababa de hacer desaparecer los defectos que le habia hecho ver su fiel amigo, *El espejo del diablo.*”

—Qué significa esto? dijo Roberto aproximándose á su esposa.

—Esto significa, amigo mio, que yo he sido *El espejo del diablo*. No soy ni glotona, ni jugadora; nuestro juego no era mas que una ficcion. Tú, Cesarina, puedes casarte con Mr. de Mozerand; no es ningun jugador, es un valiente, añadió con una sonrisa burlona. En cuanto á tí, amigo mio, dijo á Roberto, que la estrechaba entre sus brazos, te he corregido tus defectos, no es cierto? porque el diablo no se ha encontrado hermoso al mirarse en el espejo.

FIN.